

Tres etapas básicas del pensamiento político occidental

Milton Friedman - Rose D. Friedman

Los cambios importantes en el orden económico y político de una sociedad son el resultado de modificaciones significativas en el ambiente intelectual de esa sociedad en un momento histórico determinado. Estas modificaciones son generadas a su vez por circunstancias sociales, políticas y económicas muy concretas. Las nuevas ideas se convierten en oleadas que ejercen presión sobre el gobierno y producen cambios fundamentales sobre la sociedad.

En el presente artículo los autores analizan tres etapas básicas del pensamiento político occidental: el *laissez-faire* de Adam Smith, el colectivismo de la sociedad fabiana y el Neoliberalismo, abanderado entre otros, por Friedman y Hayek.

* * *

Hay una marea en los asuntos humanos, que tomada en la bajamar, conduce a la fortuna; sin ella, todo el viaje de la vida se pierde en pantanos y miserias.

Shakespeare, *Julio César*

LA ALEGORIA DE SHAKESPEARE ES UN TEXTO APTO para nuestro ensayo. Hay poderosas marcas de pensamiento acerca de cómo ordenar la sociedad, justo como las que existen para que el individuo en lo particular ordene su existencia. Las mareas de pensamiento sobre el orden social se relevan lentamente, a medida que una marea empieza a suceder a su antecesora. Cada marea dura largo tiempo —decenios, no horas— una vez que empieza a derramarse y deja su huella en su sucesora, incluso después de que retrocede.

¿Cómo se inician las mareas en las mentes de los hombres? ¿Se extienden hacia la conducción de las políticas públicas, y a menudo generan su propio retroceso y se ven sucedidas por otra marea? Todo esto es un vasto tema, insuficientemente explorado por historiadores, economistas y otros científicos sociales¹. Este ensayo tiene un objetivo modesto: presentar una

IV TRIMESTRE 1989

hipótesis que nos ha parecido cada vez más plausible con el curso del tiempo, ilustrarla con la experiencia de los últimos tres siglos, y discutir algunas de sus implicaciones. La hipótesis sostiene que un cambio importante en la política social y económica de los países se ve precedido por una modificación del clima de la opinión intelectual generada a su vez, por lo menos en parte, por las circunstancias sociales, políticas y económicas en un momento determinado. Después de cierto plazo en que se generan las nuevas ideas, que a veces dura decenios, una marea intelectual “tomada en la bajamar” se difundirá, al principio gradualmente, luego con mayor rapidez hacia la opinión pública y, a través de la presión del pueblo sobre el gobierno, afectará el curso de la política económica, social e institucional de un país en especial.

Esta modificación podría iniciarse en un país, pero si perdura se difundirá finalmente por todo el mundo. A medida que la marea de las consecuencias prácticas llega a su bajamar, la marea intelectual empieza a retroceder, empujada por lo que A. V. Dicey llama las contra-corrientes de la opinión. Las contra—corrientes representan típicamente una reacción contra las consecuencias prácticas atribuidas a la marea intelectual anterior. La promesa tiende a ser utópica. Los protagonistas iniciales de la marea intelectual se desvanecen y la calidad intelectual de sus seguidores y partidarios declina inevitablemente. Ahora bien, se requiere independencia intelectual y valor para iniciar una corriente contraria a la opinión dominante. Se requiere mucho menos de ambas cosas para sumarse a la oleada.

Los jóvenes aventureros, independientes y valientes buscan campos nuevos por conquistar y ello los lleva a explorar lo nuevo y desconocido. Las contra-corrientes que cobran fuerza echan a andar la siguiente oleada, y el proceso se repite. Por supuesto, este bosquejo está simplificado y formalizado en exceso. En particular, omite toda discusión de la sutil interacción mutua existente entre la opinión intelectual, la opinión pública y el curso de las circunstancias prácticas. Siempre están ocurriendo cambios graduales en las políticas económicas y en los arreglos institucionales. Pero raras veces ocurren grandes cambios, excepto en tiempos de crisis, cuando “las ideas tienen consecuencias”, para usar la evocativa frase de Richard Weaver. La marea intelectual se difunde al público por toda clase de minoristas intelectuales: maestros y predicadores, periodistas y comentaristas de televisión, brujos y políticos. El público empieza a reaccionar ante la crisis, de acuerdo con las opciones que han planteado los intelectuales, las que en efecto limitan las alternativas abiertas a los que ostentan el poder. En casi todas las mareas puede identificarse una crisis como el catalizador de un gran cambio en la dirección de la política económica.

Ilustraremos la relevancia de nuestra hipótesis con las dos últimas mareas completas y con la marea que está apareciendo.

1/ Un académico británico en el campo del derecho constitucional ha escrito el libro más perspicaz sobre el tema: A. V. Dicey, *Lectures on the Relation Between Law and Public Opinion in England During the Nineteenth Century*, 2a. ed. (Londres: Macmillan, 1914).

La Marea de Adam Smith

LA PRIMERA MAREA QUE EXAMINAREMOS SE INICIA EN ESCOCIA en el siglo dieciocho, con una reacción contra el mercantilismo expresada en los escritos de David Hume, la *Teoría de los Sentimientos Morales* de Adam Smith (1759), y sobre todo en *La Riqueza de las Naciones* (1776).

La Riqueza de las Naciones se considera amplia y correctamente como la piedra miliar de la economía científica moderna. Su impulso normativo y su influencia sobre el mundo intelectual más amplio tienen un interés mayor para nuestro propósito. Su éxito rápido e influencia en la comunidad intelectual reflejó sin duda las semillas sembradas por Hume y otros autores —las contracorrientes intelectuales de la marea mercantilista—, así como las primeras etapas de la Revolución Industrial.

Del otro lado del Atlántico, el año de 1776 presenció también la proclamación de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, que era en muchos sentidos el gemelo político de la economía de Smith. La obra de Smith se popularizó rápidamente entre los precursores del movimiento independentista. Alexander Hamilton documentó ese fenómeno al revés en su *Report on Manufactures* de 1791. Hamilton citó extensamente a Smith y lo alabó sin medida, al mismo tiempo que dedicaba la parte medular de su informe a sostener que las doctrinas de aquél no se aplicaban a los Estados Unidos, país que no necesitaba el comercio internacional libre sino la protección de las industrias nacientes con aranceles: un ejemplo del homenaje que el vicio —incluso el vicio intelectual— rinde a la virtud.

Smith no se hacía ilusiones acerca del impacto de sus ideas intelectuales sobre la política pública: “Esperar que la libertad de comercio se restablezca por completo en Gran Bretaña es tan absurdo como esperar que una Oceana o una Utopía se restablezca un día en ella. No sólo los prejuicios del público, sino —lo que es mucho más insuperable— los intereses privados de muchos individuos, se oponen irresistiblemente a ello”².

Su pronóstico resultó errado. A principios del siglo diecinueve, las ideas del *laissez-faire*, de la operación de la mano invisible, de la inconveniencia de la intervención gubernamental en los asuntos económicos, habían barrido primero el mundo intelectual y luego la política pública. Bentham, Ricardo, James Mill y John Stuart Mill se afanaban en la difusión de estas ideas y en su promoción política. María Edgeworth estaba escribiendo novelas basadas en la economía ricardiana.

Cobden y Bright hacían campaña en pro de la derogación de las leyes de granos. Reforzadas por las presiones derivadas de la Revolución Industrial, estas ideas empezaban a afectar la política pública, aunque el proceso se vio demorado por las Guerras Napoleónicas con su elevado gasto público y sus restricciones al comercio internacional. Pero las guerras proveyeron también la necesaria crisis catalítica.

2/ Adam Smith, *The Wealth of Nations*, 5a. Ed., Cannan (Londres: Methuen, 1930), libro 4, Cap. 2, p. 435.

Se considera generalmente la derogación de las leyes de granos en 1846 como el triunfo final de Smith tras una demora de 70 años. En efecto, algunas reducciones de las barreras comerciales se habían iniciado mucho tiempo atrás, y muchos productos no-agrícolas continuaron protegidos por los aranceles hasta 1874. En adelante, sólo subsistieron aranceles recaudatorios en productos tales como los licores, el vino, la cerveza y el tabaco, compensados por impuestos a las ventas de los productos nacionales sustitutos. Así pues, se requirió casi un siglo para que se completara una respuesta a Adam Smith.

Los demás países de Europa y los Estados Unidos no siguieron el ejemplo británico de establecer un comercio completamente libre. Pero durante la mayor parte del siglo diecinueve, los impuestos norteamericanos a las importaciones tenían primordialmente una función recaudatoria, aunque la protección jugaba un papel considerable, como se observa en los rencorosos debates políticos, particularmente entre el Norte y el Sur. Excepto por unos cuantos años después de la guerra de 1812, las aduanas proveían entre el 90 y el 100 por ciento del total de las recaudaciones federales hasta la Guerra Civil. Y excepto por unos cuantos años durante esa guerra y después de ella, las aduanas proveían la mitad o más de las recaudaciones federales hasta la guerra hispano-norteamericana de fines del siglo.

No existían barreras no-arancelarias tales como las cuotas. El movimiento de personas y capitales casi no se veía impedido en absoluto. Los Estados Unidos en particular, tenían una inmigración completamente libre. En Europa antes de la Primera Guerra Mundial, "el habitante de Londres", en las palabras elocuentes de John Maynard Keynes, "podía obtener... medios de transporte baratos y cómodos hacia cualquier país o clima sin pasaporte o alguna otra formalidad... y podía... moverse en el exterior hasta rincones extraños, sin conocimiento de la religión, el idioma o las costumbres... y se consideraría grandemente agraviado y muy sorprendido ante la menor interferencia"³.

El éxito de Hamilton en la promulgación de una legislación proteccionista en los Estados Unidos refleja la ausencia de un compromiso ideológico efectivo, por parte de los gobernantes, para evitar la intervención del gobierno en la actividad económica, a pesar de la marea intelectual puesta en marcha por Adam Smith, los fisiócratas franceses y sus seguidores posteriores. Sin embargo, una fuerte creencia en los derechos estatales significaba que los Estados, y no el Gobierno Federal, desempeñaban el papel principal. Muchos Estados crearon bancos estatales, construyeron canales y emprendieron otras empresas comerciales. La crisis catalítica que produjo un cambio drástico fue el pánico de 1837, en el curso del cual quebraron muchas empresas gubernamentales, quizá la mayoría de ellas. Ese pánico desempeñó el mismo papel de descrédito de la empresa pública que cumpliría la Gran Depresión, casi un siglo más tarde, en el descrédito de la empresa privada. Después de este evento, las ideas de Adam Smith ofrecieron una

explicación y una obvia opción alternativa; aparte de los aranceles, hasta el siglo siguiente reinó una política de *laissez-faire* casi completo y de no-intervención.

No resulta fácil la medición del papel del gobierno en la economía. Una medida al alcance de la mano, aunque sin duda imperfecta, es la relación entre el gasto público y el ingreso nacional. En la cúspide del *laissez-faire*, el gasto público en tiempos de paz era menos del 10 por ciento del ingreso nacional en los Estados Unidos y en Gran Bretaña. Dos tercios del gasto público norteamericano correspondían a los gobiernos estatales y locales, y cerca de la mitad de esa suma se destinaba a la educación; el gasto federal era generalmente menor al 3 por ciento del ingreso nacional, y la mitad de esa suma se destinaba a las fuerzas militares.

Vemos un ejemplo notable del impacto mundial de la marea de Adam Smith —esta vez en la práctica, no en las ideas— en el Japón post-Meiji. Durante siglos antes de la Restauración Meiji de 1867, Japón había estado casi completamente aislado del mundo occidental. Los nuevos gobernantes no tenían ningún entendimiento ideológico, ya no digamos un compromiso, con el *laissez-faire*. Por el contrario, asignaban escaso valor a la libertad individual, ya fuese política o económica. Su objetivo fundamental era simplemente el fortalecimiento del poder y la gloria de su país. Sin embargo, cuando los gobernantes Meiji irrumpieron en un mundo occidental donde la Gran Bretaña de la *laissez-faire* la economía dominante, simplemente dieron por sentado que la política británica era la que tenían que imitar. En modo alguno concedieron a sus ciudadanos una libertad económica y política completa, pero avanzaron mucho, obteniendo resultados extraordinarios y muy favorables⁴.

La ausencia de un fundamento ideológico generalizado para estas políticas ayuda a explicar su carencia de solidez. Después de la Primera Guerra Mundial, Japón sucumbió al control centralizado de una dictadura militar: una política que condujo al estancamiento económico, al aventurismo militar, y finalmente a la entrada de Japón a la Segunda Guerra Mundial del lado de los Nazis.

A gran escala, la marea que inundó al siglo diecinueve produjo una mayor libertad política y económica: los derechos generalizados y un nivel de vida más alto para los individuos acompañaron el incremento del comercio internacional y del contacto humano. Se anunció como un siglo de paz, pero eso resultó un poco exagerado. La marea no impidió la Guerra Civil norteamericana, la Guerra de Crimea, la Guerra Franco-Prusiana, u otros conflictos locales. Pero no hubo entre 1815 y 1914 ningún gran conflicto generalizado, comparable a las Guerras Napoleónicas de los años precedentes o a las dos guerras mundiales posteriores. A pesar de ocasionales pánicos y crisis financieras, Gran Bretaña y los Estados Unidos experimentaron durante el siglo diecinueve un notable crecimiento económico.

Los Estados Unidos en particular, se convirtieron en una meca para los pobres de todas las tierras. Todo esto se asoció a la creciente adopción

3/J. M. Keynes, *Economic Consequences of the Peace* (Londres: Macmillan, 1919), pp. 6, 7, 9.

4/ Véase Friedman y Friedman, *Free to Choose*, pp. 59, 61-2.

del *laissez-faire* como el principio orientador de la política gubernamental, y muchos dirían, incluidos nosotros, que tal fue el resultado de esa adopción.

La Marea Fabiana

ESTE PROGRESO NOTABLE NO IMPIDIÓ que la marea intelectual se alejara del individualismo y se acercara al colectivismo. En efecto, sin duda contribuyó a ese resultado. Según Dicey, "a partir de 1848, una alteración se vuelve perceptible en la atmósfera intelectual y moral de Inglaterra"⁵. La etapa de la inundación, cuando el colectivismo empezó a dominar la opinión intelectual, llegó algunos decenios más tarde. La fundación de la sociedad fabiana, dedicada al establecimiento gradual del socialismo, por George Bernard Shaw, Sidney Webb y otros en 1883, es quizá una buena fecha divisoria en Gran Bretaña. Una fecha comparable para los Estados Unidos es el año de 1885, cuando se fundó la Asociación Económica Norteamericana por un grupo de jóvenes economistas que regresaban de estudiar en Alemania, imbuídos de ideas socialistas, las que esperaban difundir a través de la asociación: una esperanza que se frustró en gran medida cuando la Asociación adoptó poco tiempo después una política de "no-partidarismo y evasión de compromisos oficiales sobre cuestiones económicas prácticas y asuntos políticos"⁶. Esto se confirmó en 1888, con la publicación de la obra de Edward Bellamy, *Looking Backwards*, un romance utópico socialista que vendió más de un millón de ejemplares.

¿Cómo podremos explicar este viraje de la marea intelectual cuando los dolores crecientes de las políticas de *laissez-faire* se habían superado largo tiempo atrás y se habían logrado ganancias positivas impresionantes? Dicey provee una respuesta indirecta: El efecto benéfico de la intervención estatal, especialmente bajo la forma de una legislación, es directo, inmediato y, por decirlo así, visible, mientras que sus efectos negativos son graduales e indirectos, y se ocultan de la vista... pocos advierten la verdad innegable de que el Estado ayuda a matar la auto-ayuda. Por lo tanto, la mayoría de la humanidad debe casi inevitablemente mirar con excesivo beneplácito la intervención gubernamental. Este sesgo natural sólo puede ser contrarrestado por la existencia..., como ocurrió en Inglaterra entre 1830 y 1860, de una presunción o un prejuicio en favor de la libertad individual, es decir, del *laissez-faire*. Por lo tanto, la simple declinación de la fe en la auto-ayuda... basta por sí misma para explicar el surgimiento de una legislación que tiende hacia el socialismo⁷.

Una explicación más directa es el hecho de que dos efectos del éxito del *laissez-faire* impulsaron una reacción. Primero, el éxito hizo que los males residuales destacaran con mayor claridad, alentando a los reformadores a presionar en favor de soluciones gubernamentales y haciendo que el público

sintiera más simpatía por sus argumentos. Segundo, se volvió más razonable la esperanza de que el gobierno podría atacar con éxito los males residuales. Un gobierno severamente limitado tiene pocos favores que otorgar; por lo tanto, hay escaso incentivo para corromper a los funcionarios públicos, y el servicio público tiene pocos atractivos para quienes se interesan sobre todo por el enriquecimiento personal. El gobierno trataba sobre todo de aplicar las leyes contra el asesinato, el robo, etc., y de proveer servicios municipales tales como los de la policía y los bomberos locales, actividades que contaban con el apoyo casi unánime de los ciudadanos. Por éstas y otras razones, Gran Bretaña, que avanzó más hacia un *laissez-faire* completo, se volvió legendaria a fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte por su servicio civil incorruptible y su ciudadanía respetuosa de la ley; precisamente lo contrario de su reputación un siglo atrás. En los Estados Unidos, ni la calidad del servicio civil ni el respeto por la ley alcanzaron jamás las alturas de Gran Bretaña, pero ambos mejoraron a lo largo del siglo.

Cualesquiera que hayan sido las razones, el socialismo fabiano se convirtió en la corriente intelectual dominante en Gran Bretaña, haciendo a un lado, por una parte, al marxismo radical y, por la otra, al *laissez-faire*. Gradualmente, esa corriente intelectual llegó a dominar primero a la opinión pública y luego a la política gubernamental. La Primera Guerra Mundial aceleró el proceso, pero ya estaba bien avanzado antes de ésta, como lo demuestran las observaciones de Dicey en su prefacio de 1914 a la segunda edición de *Law and Public Opinion*.

Para 1900, la doctrina del *laissez-faire*, a pesar del gran elemento de verdad que contiene, había perdido buena parte de su atracción sobre el pueblo inglés... En 1900 también era evidente para cualquier observador imparcial que los sentimientos o las opiniones que habían fortalecido al colectivismo continuarían influyendo tan fuertemente sobre la legislación del siglo veinte como ya lo habían hecho sobre la legislación posterior del siglo diecinueve... y esta conclusión habría sido naturalmente confirmada por el hecho de que, en la esfera del financiamiento, hubiera ocurrido un resurgimiento de la creencia en los aranceles protectores, conocidos entonces con el nombre de una demanda de "comercio justo" (¿ecos de 1987!).

Dicey enumera "las leyes que más directamente ilustran el progreso del colectivismo", desde el inicio del siglo veinte, principiando con la Ley de Pensiones de la Ancianidad de 1908. Acerca de una ley posterior (la Ley de la Deficiencia Mental, 1913), observa Dicey que "es el primer paso por un camino que ningún hombre sensato podría dejar de tomar, pero que, de seguirse por demasiado tiempo, crearía a los gobernantes problemas difíciles de soportar sin una interferencia considerable con la libertad individual"⁸.

Las semillas habían sido claramente sembradas para el crecimiento de un Estado benefactor a toda marcha en Gran Bretaña, al principio lentamente en el periodo de entreguerras y con una explosión final después

5/ Dicey, *Law and Public Opinion*, pp. 257-8.

6/ A. W. Coats, "The American Economics Association and the Economics Profession", *Journal of Economic Literature* 23 (diciembre de 1985): 1702.

7/ Dicey, *Law and Public Opinion*, pp. 257-8.

8/ *Ibid.*, pp. XXXI, XXXII, XXXIII, LI.

de la Segunda Guerra Mundial, marcado quizá por la adopción del Servicio Nacional de Salud y el arsenal de medidas recomendadas por el Informe Beveridge.

En los Estados Unidos era similar el desarrollo, aunque algo demorado. Tras el éxito popular de la fantasía utópica de Bellamy vino la época de los estercoleros, encabezados por Lincoln Steffens, Ray Stannard Baker e Ida M. Tarbell, con sus denuncias de corrupción y la chicanería en el gobierno municipal, los sindicatos y los monopolios. Upton Sinclair utilizó la novela para promover las ideas socialistas; la más popular de sus obras fue *La Selva* (1906), surgida del encargo que le hiciera un periódico socialista para que investigara las condiciones prevalecientes en los corrales de Chicago. Sinclair escribió la novela para generar simpatía en favor de los trabajadores, pero hizo mucho más para provocar indignación contra las condiciones poco sanitarias en las que se procesaba la carne.

A otro nivel, Louis Dembitz Brandeis criticó a la comunidad financiera. Su volumen de ensayos, *Other People's Money and How the Bankers Use It* (1914), ha sido descrito como "un ataque frontal contra el monopolio y los directorios interconectados"⁹.

"El Partido Populista, a través del cual William Jennings Bryan ascendió a" la nominación para la presidencia por la fórmula Demócrata en 1896, "pedía no sólo la regulación de los ferrocarriles sino la propiedad y operación directas del gobierno"¹⁰. La Comisión de Comercio Interestatal, creada en 1887 se vio seguida pronto por la Ley Sherman Antimonopólica de 1890 y más tarde por la Ley de Alimentos y Drogas de 1906, para la que actuó como catalizador la novela de Sinclair.

El moderno Estado benefactor ya se anunciaba. La Primera Guerra Mundial expandió en gran medida el papel del gobierno, sobre todo con la confiscación de los ferrocarriles. En el período de la postguerra se observó una especie de reacción, con la gran excepción de la Prohibición.

Todavía en 1929, el gasto del Gobierno Federal ascendía apenas al 3.2 por ciento del ingreso nacional; un tercio de esta cantidad se destinaba a las fuerzas armadas, incluidos los beneficios de los veteranos, y esta porción llegaba a la mitad cuando se le sumaban los intereses de la deuda pública. El gasto de los gobiernos estatales y locales era casi tres veces mayor —9 por ciento del ingreso nacional—, y más de la mitad se destinaba a la educación y las carreteras. El gasto del Gobierno Federal y de los gobiernos estatales y locales en lo que se describe ahora como apoyos al ingreso, Seguridad Social y beneficencia representaba en total menos del 1 por ciento del ingreso nacional.

El mundo de las ideas era diferente. Para 1929, el socialismo era la ideología dominante en las universidades de la nación. La *New Republic* y *The Nation* eran los periódicos de opinión favoritos de los intelectuales, y Norman Thomas era su héroe político. Sin embargo, el impacto de la opinión

sobre el mundo real había sido moderado hasta entonces. Por supuesto, el catalizador decisivo de un gran cambio fue la Gran Depresión, que con razón o sin ella destruyó la confianza del público en la empresa privada, llevándolo a considerar la injerencia gubernamental como el único recurso eficaz en tiempos difíciles, y a tratar al gobierno como un benefactor potencial y no simplemente como un policía y un árbitro.

El efecto fue notable. El gasto del Gobierno Federal creció hasta cerca del 30 por ciento del ingreso nacional para los años ochenta, o sea casi diez veces su nivel de 1929. Los gastos de los gobiernos estatales y locales crecieron también, aunque no tanto, de modo que para los años ochenta representaba el gasto público total más del 40 por ciento del ingreso nacional. Y el gasto subestima el papel que el gobierno llegó a desempeñar. Muchas intrusiones en la vida de la gente implican poco o ningún gasto: los aranceles y las cuotas, los controles de precios y salarios, los topes a las tasas de interés, los topes locales a las rentas, los requerimientos de la zonificación, los códigos de la construcción, etc.

El impacto demorado del clima intelectual de los años veinte ilustra un aspecto de la influencia de la opinión intelectual: la generación de opciones para su adopción a su debido tiempo. A pesar de la popularidad de Norman Thomas en las universidades, recibió menos del 1 por ciento del voto popular para presidente en 1928, y sólo el 2 por ciento en 1932. Sin embargo, concluimos que "el Partido Socialista fue el más influyente de los partidos políticos de los Estados Unidos en los primeros decenios del siglo veinte... Casi todas las propuestas económicas de su plataforma presidencial de 1928 han sido convertidas en leyes para este momento (1980)"¹¹.

Como ocurriera con la marea anterior, la marea fabiana era universal. No contribuyó menos al éxito de las revoluciones comunistas en Rusia y China que al Estado benefactor de Gran Bretaña y al Nuevo Trato en los Estados Unidos. Y explica en gran medida la adopción de la planeación centralizada en la India y otras antiguas colonias británicas y europeas cuando obtuvieron su independencia. Una excepción importante fue la de Hong Kong, una de las pocas posesiones coloniales británicas que permanecieron bajo el control de la oficina colonial. Hong Kong no se apartó jamás de la marea de Adam Smith y, en consecuencia, fue uno de los precursores de la nueva marea.

La Marea de Hayek

COMO EN LA MAREA PRECEDENTE, EL MUNDO DE LAS IDEAS empezó a cambiar de dirección justo cuando llegaba a la cresta de la oleada en el mundo de la práctica¹². Por supuesto, durante todo el ascenso de las ideas socialistas había habido contracorrientes que se mantuvieron vivas en Gran Bre-

9/ *Encyclopedia Britannica*, ed. 1970, "Brandeis, Louis Dembitz".
10/ Friedman y Friedman, *Free to Choose*, p. 196.

11/ *Ibid.*, pp. 187, 287.
12/ Esta sección se basa parcialmente en Milton Friedman, "Where Are We on the Road to Liberty?" *Reason* 19, No. 2 (junio de 1987): pp. 31-3.

taña gracias a las obras de G. K. Chesterton, Lionel Robbins, Friedrich Hayek y algunos de sus colegas de la Escuela de Economía de Londres; en Austria por Ludwig von Mises y sus discípulos; y en los Estados Unidos por Albert Jay Nock, H. L. Mencken y otros escritores populares; Henry Simmons, Frank Knight y Jacob Viner en la Universidad de Chicago; y Gottfried Haberler y Joseph Schumpeter en Harvard, para sólo mencionar algunos.

El Camino de la Servidumbre de Hayek, un éxito de librería sorprendente en Gran Bretaña y los Estados Unidos en 1944, fue probablemente el primer ataque real a la concepción intelectual dominante. Pero el impacto de la contracorriente del mercado libre sobre la marea dominante en la opinión intelectual, si bien era perceptible para los directamente involucrados, fue al principio insignificante. Incluso para quienes estábamos promoviendo activamente los mercados libres en los años cincuenta y sesenta, resulta difícil recordar cuan intenso y difundido era el clima intelectual de la época.

La suerte de dos libros escritos por nosotros, ambos dirigidos al público general y promotores de las mismas políticas, revela claramente el cambio del clima de opinión. El primero, *Capitalismo y Libertad*, publicado en 1962 y destinado a vender más de 400.000 ejemplares en los dieciocho años siguientes, no fue reseñado en su momento en una sola de las publicaciones periódicas norteamericanas: ni en el *New York Times*, ni en *Chicago Tribune*, *Newsweek*, *Time*, etc. El segundo, *La Libertad de Elección (Free to Choose)*, publicado en 1980, fue reseñado por todas las publicaciones importantes (por algunas de ellas más de una vez), se convirtió en el libro de mayor venta del año en los Estados Unidos, fuera del campo de la ficción, y recibió una atención mundial.

Otra prueba del cambio operado en el clima intelectual es la proliferación de grupos de promoción de las ideas de un gobierno limitado y la utilización de los mercados libres. En conferencia reciente, Ed Feulner, presidente de la Fundación Heritage, sólo pudo mencionar cuatro de tales grupos existentes hace tres decenios: la Institución Hoover, que todavía existe; la Sociedad Intercolegiada de Individualistas, que ha cambiado de nombre aunque conservando las iniciales; un Instituto Norteamericano de Empresas en embrión, y el Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales. Debió haber incluido Feulner la Fundación para la Educación Económica (FEE), de Leonard Read.

En cambio, Feulner mencionó una larga lista de instituciones que se dedican ahora al desarrollo y la difusión de la idea de un gobierno limitado y de mercados libres, además de otras que tratan de trasladar las ideas al campo de la acción. El mismo contraste se observa entre las publicaciones. El *Freeman* de la FEE es la única publicación que podemos recordar promoviendo las ideas de la libertad hace 30 ó 40 años. Ahora, numerosas publicaciones promueven estas ideas, aunque con grandes diferencias en áreas específicas: *The Freeman*, *National Review*, *Human Events*, *The American Spectator*, *Policy Review* y *Reason*. Ni siquiera la *New Republic* y *The Nation* son ahora los defensores inflexibles de la ortodoxia socialista de hace tres decenios.

¿Por qué se produjo este gran cambio en las actitudes del público? El poder de persuasión de libros tales como *El Camino de la Servidumbre* de Friedrich Hayek, *Fountainhead* y *Atlas Shrugged* de Ayn Rand, nuestro *Capitalismo y Libertad*, y muchos otros, hicieron que el público enfocara el problema de manera diferente y cobrara conciencia de que el fracaso gubernamental era tan real como el triunfo del mercado. Sin embargo, conjeturamos que la fuerza extraordinaria de la experiencia fue la razón principal del cambio.

La experiencia redujo a cenizas las grandes esperanzas que colectivistas y socialistas habían depositado en Rusia y en China. En efecto, la única esperanza de esos países reside en los avances recientes hacia el mercado libre. De igual modo, la experiencia hundió, para decirlo suavemente, las extravagantes esperanzas depositadas en el socialismo fabiano y el Estado benefactor de Gran Bretaña y el Nuevo Trato de los Estados Unidos. Un gran programa gubernamental tras otro, siempre iniciados con las mejores intenciones, creaban más problemas que soluciones.

Pocos consideran todavía la nacionalización de las empresas como un conducto para la promoción de la producción más eficiente. Pocos creen todavía que todo problema social puede resolverse echándole dinero del gobierno (es decir, del contribuyente). En estas áreas han ganado la batalla las ideas liberales, en el sentido original de la palabra "liberal" del siglo diecinueve. Los neo-conservadores tienen razón cuando se definen como liberales (modernos) endurecidos por la realidad. Todavía conservan mucho de sus valores anteriores, pero han debido reconocer que no podrán realizarlos a través del gobierno.

En este país, la guerra de Vietnam ayudó a minar la creencia en la beneficencia del gobierno. Y sobre todo, como pronosticara Dicey hace casi 75 años, la creciente carga de la tributación hizo que el público reaccionara contra el crecimiento del gobierno y la difusión de su influencia¹³.

Tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña, el respeto por la ley declinó en el siglo veinte bajo el impacto del crecimiento del gobierno, fuertemente reforzado en los Estados Unidos por la Prohibición. El crecimiento de esos países que aplicaron en gran medida una política de mercado libre (en particular los cuatro dragones del Lejano Oriente: Hong Kong, Singapur, Taiwan o Formosa y Corea del Sur) reforzó marcadamente la experiencia de los países avanzados de Occidente.

Por todo el mundo, el contraste existente entre el estancamiento de los países pobres que recurrieron a la planeación central (India, las antiguas colonias africanas, los países centroamericanos) y el rápido progreso de los pocos de esos países que aplicaron en gran medida una política de mercado libre (en particular los cuatro dragones del Lejano Oriente: Hong Kong, Singapur, Taiwan o Formosa y Corea del Sur) reforzó marcadamente la experiencia de los países avanzados de Occidente.

13/ Si ha de detenerse el avance de la legislación socialista, el freno no se deberá tanto a la influencia de algún pensador como a algún hecho patente que atraiga la atención pública, tal como el aumento del peso de la tributación que es aparentemente el factor concomitante habitual, aunque no invariable, de una política socialista" (Dicey, *Law and Public Opinion*, p. 302 n).

Las ideas desempeñaron un papel importante, como en los episodios anteriores, menos por la persuasión del público que por el hecho de mantener las opciones abiertas, proveyendo políticas alternativas para su adopción cuando debieran hacerse algunos cambios.

Como en las dos oleadas anteriores, la práctica ha marchado muy atrás de las ideas, de modo que Gran Bretaña y los Estados Unidos están más alejados del ideal de una sociedad libre que hace 30 ó 40 años casi en todos sentidos. En 1950, el gasto del gobierno federal y de los gobiernos estatales y locales de los Estados Unidos representaba el 25 por ciento del ingreso nacional; en 1985, esta cifra había aumentado al 44 por ciento. En los últimos 30 años se ha creado una multitud de nuevas agencias gubernamentales: un Departamento de Educación, una Fundación Nacional para las Artes y otra para las Humanidades, la EPA, la OSHA, etc. Los empleados públicos de estas agencias y muchas otras deciden por nosotros lo que más nos conviene.

Sin embargo, la práctica ha empezado a cambiar. Creemos que la crisis catalítica que desató el cambio fue la oleada mundial de inflación de los años setenta, originada en el crecimiento monetario excesivamente expansivo de los Estados Unidos en los años sesenta. El episodio fue catalítico en dos sentidos: primero, la estancación destruyó la credibilidad de la política monetaria y fiscal keynesiana, y por ende la capacidad del gobierno para calibrar finamente la economía; segundo, hizo entrar en acción al "peso de la tributación" de Dicey, a través del deslizamiento de los estratos y el repudio implícito de la deuda pública.

En los años setenta ya había terminado la conscripción militar, se habían desregulado las aerolíneas, y se había eliminado la regulación que limitaba las tasas de interés que podrían pagar los bancos sobre los depósitos. En 1982 desapareció la Junta de Aeronáutica Civil que regulaba las aerolíneas. El gasto público como fracción del ingreso nacional ha continuado aumentando, pero el ritmo del crecimiento se ha frenado. Desde 1981 no se han aprobado grandes programas de gastos nuevos. El crecimiento del gasto público no-militar se ha debido sobre todo a los programas anteriores.

Las Mareas inundan todo el mundo

COMO EN LAS OLEADAS ANTERIORES, LAS MAREAS DE LA OPINIÓN y de la práctica han inundado el mundo. Gran Bretaña avanzó más que los Estados Unidos hacia el colectivismo y sigue siendo más colectivista: tiene una razón de gasto público a ingreso nacional más alta y una nacionalización de la industria mucho más extensa. Pero Gran Bretaña ha progresado más, bajo Margaret Thatcher, de lo que progresaron los Estados Unidos bajo Ronald Reagan.

Igualmente impresionantes son los cambios ocurridos en el mundo comunista. Aun allí resultó imposible la represión de todas las contracorrientes, como lo demuestran elocuentemente Solzhenitsyn, Sakharov y muchos otros hombres y mujeres valientes. Pero por encima de las contracorrientes las reformas económicas en Hungría, la actividad de Solidaridad en Polonia,

la amplia utilización de los mercados en China, el actual discurso reformista en la Unión Soviética, deben tanto a la fuerza de los acontecimientos y las opciones mantenidas abiertas por las ideas intelectuales como a la elección de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en Occidente. Por supuesto, es dudoso que se permita el avance de tales reformas hasta el punto de que amenacen el poder de la élite política actual. Pero ello no reduce su valor como testimonio del poder de las ideas*.

Un fenómeno interesante e instructivo es el hecho de que la liberación del mercado ha sido buscada con igual o mayor vigor bajo gobiernos ostensiblemente izquierdistas que bajo gobiernos ostensiblemente derechistas. Fuera de los países comunistas, un ejemplo notable es el viraje en redondo efectuado en la política francesa por Mitterrand, un socialista de toda la vida. En Australia, un gobierno Laborista sustituyó a un gobierno Conservador y luego amplió marcadamente el papel del mercado. Nueva Zelanda, bajo un gobierno Laborista encabezado por David Lange, elegido en 1984 y reelegido en 1987, ha avanzado mucho más que cualquier otro país en el desmantelamiento de los controles gubernamentales y de la intervención económica.

En cambio Alemania, que debió su extraordinaria recuperación de la segunda posguerra a las políticas de libre mercado de Ludwig Erhard, se ha alejado sistemáticamente de tales políticas, primero bajo un gobierno Social-demócrata y más recientemente bajo gobiernos conservadores. ¿Podría explicarse esta aberración por el hecho de que el desplazamiento extraordinario hacia las políticas del mercado libre se debió sobre todo a las acciones de un hombre (Erhard) y no a un cambio de la opinión pública?

Es claro que, en general, la fuerza de las ideas, impulsadas por la presión de los acontecimientos, no respeta la geografía, ni la ideología, ni el rótulo partidista.

Conclusión

HEMOS RESEÑADO BREVEMENTE DOS CICLOS COMPLETOS DE MAREAS en el clima de la opinión y los "asuntos humanos", y un ciclo que todavía está en proceso. Cada marea duró entre 50 y 100 años. Primero surgió la marea en el clima de la opinión pública: hacia los mercados libres y el *laissez-faire*, digamos de 1776 a 1883 en Gran Bretaña, de 1776 a 1885 en los Estados Unidos; hacia el colectivismo de 1883 a 1950 en Gran Bretaña, de 1885 a 1970 en los Estados Unidos. Algunos decenios más tarde llegó la marea en los "asuntos humanos": hacia el *laissez-faire*, digamos de 1820 a 1900 en Gran Bretaña, de 1840 a 1930 en los Estados Unidos; hacia el colectivismo, digamos de 1900 a 1978 en Gran Bretaña, de 1930 a 1980 en los Estados Unidos. Por supuesto, estas son sólo fechas muy aproximadas. Sin dificultad podrían ubicarse cerca de un decenio antes o después.

Dos nuevas mareas se encuentran ahora en sus fases ascendentes: en la opinión pública, hacia una nueva utilización de los mercados y un gobierno

* / Este artículo fue escrito hace algunos años cuando aún era impredecible el rumbo de los países del bloque soviético (NE).

más limitado, principiando alrededor de 1950 en Gran Bretaña y de 1970 en los Estados Unidos; en la política pública, a partir de 1978 en Gran Bretaña y de 1980 en los Estados Unidos, y más recientemente aún en otros países.

Si hemos de guiarnos por las mareas completadas, la actual oleada de la opinión se aproxima a la edad madura, mientras que en la política pública se encuentra todavía en su infancia. Por lo tanto, ambas ascienden todavía y la etapa de la inundación está aún por venir, ciertamente en los negocios.

Para quienes creen en una sociedad libre y un papel estrictamente limitado para el gobierno, esa es una razón para el optimismo, pero no es una razón para la complacencia. Nada hay inevitable en el curso de la historia, por mucho que lo parezca en una visión retrospectiva. "Porque vivimos en una sociedad libre en gran medida, tendemos a olvidar cuan limitados son el intervalo de tiempo y la parte del globo en que ha existido algo parecido a la libertad política: el estado típico de la humanidad es la tiranía, la servidumbre y la miseria"¹⁴.

La alentadora marea que está en su infancia en los asuntos prácticos podría abortar todavía, podría ser superada por una renovada marea de colectivismo. El ampliado papel del gobierno, incluso en las sociedades de Occidente que se enorgullecen de formar parte del mundo libre, ha generado muchos intereses creados que se resistirán vigorosamente a la pérdida de privilegios que han llegado a considerar como su derecho. Todos pueden creer que lo bueno para uno es bueno para el país, justificando así una excepción especial a una regla general que todos profesamos respetar.

Pero la lección de las dos oleadas anteriores es clara: una vez establecida firmemente una oleada en la opinión o en la práctica, tiende a superar a las contracorrientes y a mantenerse por largo tiempo en la misma dirección. Las mareas pueden olvidarse de la geografía, los rótulos políticos y otros factores que impidan su continuación. Pero conviene recordar que su éxito mismo tiende a crear condiciones que en última instancia podrían revertirlas.

¹⁴ / Milton Friedman, con la asistencia de Rose D. Friedman, *Capitalism and Freedom* (Chicago: University of Chicago Press, 1962), p. 9.